

In memoriam

Pierre KLOSSOWSKI (1905-2001)

Escritor y pintor.

Julian PITT-RIVERS (1919-2001)

Capitán del Royal Dragoons, comendador de la Orden Isabel la Católica, director de estudios en l'École Pratique des Hautes Etudes. Celebramos sus estudios antropológicos en *People of the Sierra*, (1954); *Mediterranean Countrymen* (1963) y *The Fate of Shechem or the Politics of Sex* (1977).

Francois BEDARIDA (1926-2001)

Especialista francés de la victoriana Inglaterra y de la Francia de las tinieblas de la segunda guerra mundial (luchó en la Resistencia). Fue un gran historiador y cristiano convencido. Con Pierre Azema dirigió *El régimen de Vichy y los franceses* (1992) y la monumental *Francia en los años negros* (2000). Trabajaba últimamente sobre “el asunto Pío XII” y seguía con pasión la tragedia del Medio Oriente.

Jean-Louis FLANDRIN (1931-2001)

Gran historiador francés cuya obra magna, *Contribution á une histoire de l'amour et de la sexualité en Occident* (1979), demostró una profunda originalidad. Publicó anteriormente *Les Amours paysannes* (1975) y después *Le sexe et l'Occident* (1981), *Un Temps pour embrasser* (1983). Pasó a la historia de los gustos y de las prácticas culinarias. Pionero excepcional, publicó en 1999 una obra colectiva, *Tables d'hier, tables d'ailleurs. Histoire et ethnologie du repas* (Mesas de ayer y de otra parte. Historia y etnología de la comida).

Susumi ISHII (1931-2001)

Uno de los principales historiadores de la Edad Media japonesa; sus libros siguen siendo clásicos veinte años después. Luchó para acercar historia y arqueología y para liberar a la historiografía nipona de la alternativa entre un prudente positivismo y un marxismo dogmático. De 1984 a 1995 dirigió la confección del *Diccionario histórico de Japón*, publicado por la casa franco-japonesa de Tokio.

Pierre BOURDIEU († enero de 2002)

Sociólogo, maestro, periodista, panfletario, político, gozó de una fama internacional y sus amigos, como sus numerosos enemigos, sienten el vacío que dejó su muerte. Si su obra es discutida se debe precisamente a su riqueza y sus contradicciones. Wolf Lepenies dice de él: “No desarrolló una gran teoría a partir de conceptos como “habitus”, “campo” o “capital cultural”, pero llenó con ellos una caja de instrumentos que hizo de él un talentoso *bricoleur* (talachero) de las ciencias sociales modernas (*Le Monde*, 26 de enero de 2002, p. 19).

Ruggiero ROMANO (1924-2002)

Historiador italiano instalado en Francia, gran amigo de México, maestro vigilante y exigente. Ese alumno de Lucien Febvre y Fernand Braudel dejó la historia de Europa por la de América Latina. Fue también editor, como consejero de Einaudi en Torino y, como tal, concibió y dirigió dos grandiosos proyectos internacionales: *Una Storia d'Italia*, en muchos volúmenes y *Enciclopedia*.

Friedrich GORENSTEIN (1932, Kiev, 2002, Berlín)

Su padre, economista, fue fusilado en 1935 por el poder soviético, y su madre, arrestada, murió al salir del Gulag en 1941. Ingeniero de minas, es uno de los más fabulosos escritores en lengua rusa de nuestro tiempo. Sus novelas ofrecen una clave para entender a la sociedad soviética después de la muerte de Stalin. En 1979 fue obligado al exilio. Entre sus numerosos libros (ensayos, relatos, novelas, teatro, guiones) están *Salmo*, *Le Rachat*, *La plaza*, *novela política sacada de la vida de un hombre joven* (escrita entre 1969 y 1972, y completada en 1976).

El 10 de mayo murió en Nueva York el sociólogo David REISMAN, a la edad de 92 años. Intelectual polifacético, es el autor del mayor *best-seller* de la sociología: *The Lonely Crowd*, publicado en 1950. Enseñó en Chicago de 1946 a 1958 y luego en Harvard. Bob Dylan le debe la famosa frase: “Standing next to me in this lonely crowd is a man who swears he’s not to blame”.

El 28 de abril murió en Toulouse, a la edad de 66 años, Georges BAUDOT, hispanista, nahuatlato, especialista del mundo mexicano de la época de la conquista, fundador y director de la prestigiosa revista *Caravelle*. ❧

Jesús Díaz: *el intelectual redimido*

Rafael Rojas

El drama de Jesús Díaz (1941-2002) resume todas las posibilidades de un intelectual crítico frente a la Revolución cubana. Este novelista fue, como su contemporáneo Reinaldo Arenas (1943-1990), el adolescente que juega a la conspiración contra la dictadura de Batista y celebra frenético, en enero de 1959, el arribo a La Habana de sus tres héroes: Fidel, Camilo y el Che.¹ También fue el joven que se entrega en cuerpo y alma a la Revolución naciente, aunque ya percibe que su vocación literaria es mal vista en un régimen tan autoritario. Como el autor de *Antes que anochezca*, el joven Jesús Díaz persiste en su inclinación por las letras y escribe un libro de cuentos, *Los años duros* (1966), en el que narra episodios de la guerra civil cubana con la frialdad de un reportero del *New York Times*. Al igual que Arenas, el novel autor logra entonces un temprano reconocimiento: gana el premio Casa de las Américas, la mítica institución dirigida por Haydée Santamaría que propiciaba el diálogo entre la Revolución y la izquierda intelectual latinoamericana y europea.

Justo aquí las biografías se bifurcan. El éxito de Arenas, impulsado por su novela *Celestino antes del alba* (1967), provoca que los ojos del poder escruten a ese personaje rústico, homosexual, irreverente, y que lo rechacen con saña. Díaz, en cambio, joven habanero de clase media, con una formación política asegurada por estudios en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos y en el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, es mirado con simpatía por los *headhunters* del comunismo tropical. En 1966 el narrador y filósofo recibe el encargo de editar

¹ Arenas, pp. 64-68.

el suplemento cultural del periódico *Juventud Rebelde*, órgano de la Unión de Jóvenes Comunistas de Cuba. El *magazine* será llamado, en alusión a la geografía de la isla revolucionaria, *El Caimán Barbudo*, y en su primer consejo de redacción intervendrán algunos de los escritores más interesantes de aquella generación: Luis Rogelio Noguerras, Guillermo Rodríguez Rivera, Víctor Casaus, Elsa Claro y Mariano Rodríguez Herrera.²

El Caimán Barbudo aspiró a una proeza que ya en la Rusia de los años veinte resultó imposible: crear un espacio de libertad de rigor intelectual bajo el comunismo. En su primer número, Jesús Díaz afirmaba que la revista era “obra de jóvenes revolucionarios, comprometida con la Revolución, con su Partido, que es igual a estar comprometida con la verdad y con el arte”. Más adelante advertía que los editores estaban “conscientes de que los dogmas no han hecho siempre sino frenar el desarrollo de la cultura” e, invocando a Antonio Machado, concluía que “escribir para el pueblo era llamarse Cervantes en España, Shakespeare en Inglaterra, Tolstoy en Rusia”.³ Ni más ni menos, el sueño de una vanguardia heterodoxa que deslumbró a Mayakovski y a Gorki, y que Lenin y Stalin convirtieron en pesadilla.

Pero todavía en La Habana de los sesenta se podía soñar con una cultura crítica, refinada, que compartiera los valores socialistas de la Revolución y, a la vez, rechazara los impulsos totalitarios de la nueva élite del poder. El andamiaje doctrinario e institucional del comunismo soviético aún no se había trasplantado a la isla, y la izquierda intelectual en América Latina y Europa (Paz y Sartre, Vargas Llosa y Calvino, Cortázar y Sontag...) creía que Cuba era un experimento social, nacionalista y justiciero, que no sucumbiría al hechizo de Europa del Este. Los intelectuales cubanos más suspicaces, Guillermo Cabrera Infante, Carlos Franqui y Heberto Padilla, también le apostaron a ese socialismo libertario hasta que la persecución, el encarcelamiento y el juicio de aquel último, entre 1967 y 1971, les demostrara a ellos tres y a miles de izquierdistas ingenuos de este mundo que Fidel Castro no era más que una réplica de Stalin con oratoria martiana y gestualidad mussolinesca.

² Díaz, 2000, pp. 106-111.

³ *El Caimán Barbudo*, La Habana, núm. 1, marzo de 1966, p. 1.

El primer tropiezo de Jesús Díaz bajo el régimen castrista estuvo relacionado con el emblemático *affaire* Padilla. En 1967 la revista que él dirigía publicó un artículo de Heberto Padilla en el cual el poeta juzgaba duramente (“pastiche de Carpentier y Durrell..., prosa cargada de andariveles..., salto a la banalidad”) la novela *Pasión de Urbino*, de Lisandro Otero, entonces viceministro de Cultura, y en el que, para colmo, se elogiaba *Tres tristes tigres* (“una de las novelas más brillantes, más ingeniosas y más profundamente cubanas que hayan sido escritas alguna vez..., llena de verdadera fuerza juvenil, de imaginación, atrevimiento y genio”) de Guillermo Cabrera Infante, exiliado en Londres.⁴ *Tres tristes tigres* ganó el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral aquel año, y la nota de Heberto Padilla pasó a la historia como el único elogio de Guillermo Cabrera Infante, publicado en Cuba, en los últimos cuarenta años. Jesús Díaz fue cesado como director de *El Caimán Barbudo* por haber autorizado la publicación de aquella merecida alabanza.

Entre 1967 y 1971 Díaz se involucró en otra aventura intelectual bajo el comunismo cubano: la revista *Pensamiento Crítico*. Esta publicación, dirigida por el filósofo Fernando Martínez y editada por el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, se propuso dar a conocer “el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente” y las contribuciones al mismo de la “Cuba revolucionaria”.⁵ Alentada por la búsqueda de un socialismo autónomo, distante de Moscú y Pekín, aquella revista intentó ofrecer a la Revolución un discurso heterodoxo, en el que confluyeran la tradición nacionalista y latinoamericanista del pensamiento cubano (Varela, Martí, Varona, Guerra, Ortiz...), y el marxismo occidental de Gramsci y Lukacs, de Althusser y Marcuse, de Korsch y Bloch.⁶ Justo cuando las élites habaneras fraguaban una alianza definitiva con la URSS, anunciada ya por el apoyo de Fidel Castro a la invasión soviética de Checoslovaquia, aquellos jóvenes se arriesgaron a tender una conexión cubana con el 68. Paradojas de la izquierda: mientras Cuba era un símbolo en las calles de París, Praga y México, en La Habana oficial, la causa de mayo del 68 era percibida como una amenaza.

⁴ Padilla, pp. 91-92.

⁵ *Pensamiento Crítico*, La Habana, núm. 1, febrero de 1967.

⁶ Díaz, 2000, pp. 111-119.

Tras la clausura de *Pensamiento Crítico* y la acusación de “diversionismo ideológico” a sus editores, en 1971, Jesús Díaz se concentró en su obra narrativa y cinematográfica. Su paso por el cine, según los entendidos, no fue muy afortunado. Para calibrarlo bien, sin embargo, habría que rescatar el sentido antropológico de su filmografía en los años setenta y ochenta y sus instrumentaciones ideológicas desde el poder. Es cierto que tuvo la osadía de abordar el tema tabú del exilio cubano en el documental *55 hermanos* (1978) y en el largometraje de ficción *Lejanía* (1985). Pero en ambos, así como en su película *Poko rojo* (1981), la construcción de los personajes y la trama no logró liberarse del canon estético del realismo socialista. El arquetipo del exiliado, en aquellos filmes, representaba todos los valores negativos, según el código de las buenas costumbres comunistas: egoísmo, frivolidad, altivez, indiferencia, soberbia, abulia, pasividad. En cambio, la figura del obrero estaba sometida a un alto grado de idealización moral. Sólo en el último tramo de su carrera cinematográfica, Díaz logró burlar el cerco ideológico y estético del Estado, colaborando en la redacción del guión de *Alicia en el pueblo de maravillas* (1990), película de Daniel Díaz Torres, que formulaba una alegoría infernal del régimen cubano y que fuera censurada por las autoridades de la isla.

Aquella penitencia de los años setenta produjo, sin embargo, la primera novela de Jesús Díaz: *Las iniciales de la tierra*. Se trata de la historia de un joven cubano que, como el propio autor, había crecido frente a una abigarrada pantalla, en la que se proyectaban imágenes de Disney y Hollywood, de Máximo Gómez y José Martí, de la religión católica y el culto afrocubano. A partir de 1959 el joven abraza la causa revolucionaria y protagoniza, como un héroe griego, todos los actos de la epopeya socialista: la Campaña de Alfabetización, Bahía de Cochinos, la Crisis de los Misiles, la Zafra de los Diez Millones... Pero a principios de los años setenta, cuando es considerado su ingreso al Partido Comunista, una serie de intransigencias, deslealtades, dubitaciones y equívocos provocan la desconfianza de compañeros y superiores.⁷ La trama, que hoy nos parece exagerada o pueril, aunque bien pulida en el plano de la memoria cultural, captó el ambiente de rigidez moral que propagara la Revolución, por

⁷ Díaz, 1997, *Las iniciales de la tierra*, pp. 407-421.

lo que el gobierno cubano prohibió la edición de la novela. *Las iniciales de la tierra* estuvo vetada durante doce años, de 1973 a 1985, cuando una reivindicación de todos los intelectuales cercanos al primer *Caimán Barbudo* y a *Pensamiento Crítico* permitió su publicación en La Habana y Madrid.

Muy pronto, en 1989, Jesús Díaz comprendería que aquel desagravio era oportunista y engañoso. Frente a la caída del Muro de Berlín, el régimen cubano, lejos de cambiar, o tan siquiera de reformarse, se aferró literalmente a la *antiperestroika* y la *antiglasnost*. Tras la censura decretada contra la película *Alicia en el pueblo de maravillas*, escrita por Díaz y el joven narrador Eduardo del Llano, el autor de *Las iniciales de la tierra* se trasladó a Berlín gracias a una beca de la Oficina Alemana para las Relaciones Culturales con el Extranjero. En aquel viaje, que resultó definitivo, llevaba consigo el manuscrito de *Las palabras perdidas*, acaso su novela más ambiciosa, que fuera publicada en 1992 por la editorial Anagrama. A principios de aquel año, Díaz participó, en Zurich, en un debate sobre la situación cubana organizado por el semanario suizo *Woz*, con el escritor uruguayo Eduardo Galeano y el novelista austriaco Erich Hackel. Allí leyó su conocido ensayo “Los anillos de la serpiente”, en el que expuso su “oposición tanto al bloqueo criminal de los Estados Unidos contra Cuba como a la terrible disyuntiva fidelista de socialismo o muerte”, y que precipitara su ruptura con el régimen de la isla.⁸ Hoy resultan casi inocuos, pero también videntes, los pasajes más críticos de aquel texto:

De seguir las cosas como van, la situación económica continuará deteriorándose hasta amenazar las bases mismas de la civilización en la isla e inclusive la propia vida en ella, tal y como augura la luctuosa consigna oficial: *Socialismo o Muerte*. Es seguro que Cuba sola, pobre y bloqueada no podrá alcanzar el socialismo ¿Debe entenderse entonces que la muerte del país es el único fin posible del periodo especial, y que la solidaridad, o la insolidaridad, con el Gobierno cubano consiste en facilitar de un modo u otro este desenlace? No parecería posible que nadie en su sano juicio pudiera pretender tal cosa; sin embargo, tanto la izquierda como la derecha, en Cuba y fuera de ella, están llevando agua a ese siniestro molino. La

⁸ Díaz, “Los anillos de la serpiente”, *El País*, Madrid, 12 de marzo de 1992.

primera, al apoyar la consigna criminal de socialismo o muerte; la segunda, al apoyar un bloqueo no menos criminal que ya dura 30 años. Ambas políticas se complementan y no dejan otra alternativa que la tragedia, de la que todo un pueblo es prisionero ante los ojos atónitos o morbosos del mundo.⁹

Luego de conocer el pronunciamiento de Díaz en Zurich, el ministro de Cultura de Cuba, Armando Hart, hizo circular en los medios oficiales de La Habana una carta de excomunión, dirigida al escritor, la cual, sin embargo, nunca fue enviada a su residencia en Berlín. El documento pasó de mano en mano, como un edicto papal entre monjes medievales, sin que su destinatario jamás recibiera una copia. En aquella carta, luego de acusar a Díaz de sumarse a las “exigencias del imperialismo y socavar la solidaridad con Cuba”, el funcionario exhibía una prosa inquisitorial, en la que cristaliza la férrea intolerancia cultural y política del castrismo:

Tus declaraciones me causan la profunda decepción que produce la traición. Has traicionado a tu cultura; has recorrido el camino de la deslealtad de los que van por la vida acumulando rencores. Tu crimen es peor que el de los bárbaros ignorantes que ametrallaron, hace semanas, a cuatro hombres amarrados. Ellos no merecieron perdón, pero tú lo mereces menos. Las leyes no establecen la pena de muerte por tu infamia; pero la moral y la ética de la cultura cubana te castigarán más duramente. Te has vendido, Jesús, por un plato de lentejas. Debieras llamarte Judas.¹⁰

¿Cuál fue la traición de Jesús Díaz? Simplemente atreverse a decir lo que pensaba: que “Cuba no podía seguir siendo dirigida unipersonalmente, como si de una hacienda particular se tratara”. Y esto lo decía después de reconocer que “la revolución cubana significó el momento más alto de la esperanza latinoamericana desde la independenciamiento” y de rechazar “el dominio irrestricto del capital sobre el planeta y el regreso de la isla a la infamante condición de semi-

⁹ *Ibid.*, p. 3.

¹⁰ Díaz, 1992, pp. 30-31.

colonia que nos avergonzó durante tanto tiempo”. Ese era, pues, el gran pecado de Jesús Díaz: hablar desde una izquierda patriótica, socialista, que se desmarcaba del discurso vengativo e intransigente del exilio cubano tradicional y, al mismo tiempo, no ocultaba su hartazgo frente a la falta de democracia en la isla. El propio autor de *Las palabras perdidas* lo resumiría con una frase: “mi crimen consiste en haber hablado y en haberlo hecho sin unir mi voz al coro de los anexionistas de la *Cuban American National Foundation*”.¹¹

Tras la misiva infamante de Armando Hart, Jesús Díaz fue expulsado del Partido Comunista y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, lo cual equivalió a una condena de extrañamiento perpetuo. Comenzó, entonces, para el escritor, un intenso periodo de reconstrucción intelectual en las condiciones de libertad y lejanía que definen todo exilio. En mayo de 1994 Jesús Díaz participó en un encuentro de escritores cubanos, residentes dentro y fuera de Cuba, organizado por el Centro Internacional Olof Palme, en Estocolmo. Ahí, el novelista reiteró su posición pública a favor de una transición a la democracia en la isla y de un levantamiento del embargo comercial de los Estados Unidos, aunque agregó un matiz: el rechazo a que el manido argumento del “bloqueo” funcionara como subterfugio retórico para silenciar la crítica al régimen cubano. Una vez más, su argumentación era nacionalista: “Me parece inmoral seguir condicionando el abordar seriamente la solución de los problemas cubanos a la decisión norteamericana de levantar o no el embargo. Dicha actitud significa el colmo de la abyección política: poner el control de nuestros destinos en manos de un gobierno extranjero”.¹²

En 1995, Jesús Díaz se trasladó de Berlín a Madrid, donde encabezaría el proyecto intelectual que ocupó sus últimos años: la revista *Encuentro de la cultura cubana*. El primer número de esta publicación apareció en el verano de 1996 y seis años después, en el verano del 2002, arribaba a su entrega veinticuatro con un amplio reconocimiento internacional. En la concepción del proyecto, Jesús Díaz hizo suya la idea de que “la cultura nacional es un lugar de encuen-

¹¹ *Ibid.*, p. 32.

¹² Díaz, “Dieciséis notas sobre el desequilibrio cubano”, en René Vázquez Díaz (comp.), *Bipolaridad de la cultura cubana*, Estocolmo, The Olof Palme International Center, 1994, p. 82.

tro”, formulada por el poeta Gastón Baquero, miembro de la generación de *Orígenes* y exiliado en Madrid desde 1959.¹³ Así, desde la certidumbre de que una cultura, como la cubana, artificialmente escindida entre un *adentro* y un *afuera*, no podía ser definida en términos territoriales o políticos, *Encuentro* se propuso reunir en sus páginas a intelectuales y académicos de la isla y de la diáspora, del exilio histórico y de las nuevas emigraciones. Ese intento de “deslocalizar” la cultura cubana, como le llamó Gastón Baquero, no implicó, en modo alguno, una disolución de las diferencias estéticas o ideológicas, ya que la revista conservó desde sus primeros números una pluralidad polémica.

Mientras *Encuentro* abría el estrecho y quebrado espacio público de la Revolución y el exilio, Jesús Díaz renovaba silenciosamente su narrativa. En 1992 apareció *Las palabras perdidas*, una novela que rememoraba la aventura intelectual de *El Caimán Barbudo* y rendía homenaje a la gran literatura de la isla (Guillén, Carpentier, Lezama, Diego Piñera...), la cual era invocada, casi, como una tabla de salvación nacional frente a la mezquindad de la política.¹⁴ Si en *Las iniciales de la tierra* el personaje del joven arquitecto Carlos Pérez Cifredo encarnaba las tensiones entre la fragilidad afectiva y la rigidez ideológica, sin que jamás se cuestionara el compromiso político, ya en *Las palabras perdidas* los tres intelectuales –el Gordo, el Flaco y el Rojo– rozan el distanciamiento moral del artista bajo el comunismo, justo cuando sienten que las demandas del poder imponen la renuncia a la búsqueda de una expresión en la alta literatura.¹⁵

“Escribir o callar” era el dilema que emergía en las páginas finales de *Las palabras perdidas*, casi como la confesión de un pecado de silencio. En la última escena, luego de rememorar sus desavenencias con la política de la cultura, el narrador se miraba al espejo y anotaba: “Tenía en el rostro las marcas del silencio y en la cabeza voces, gritos, preguntas a las que no sabía cómo responder”.¹⁶ La siguiente novela de Jesús Díaz, *La piel y la máscara* (1996), abordará frontalmente el drama del artista cubano en el socialismo, colocando a cada

¹³ Baquero, p. 4.

¹⁴ Díaz, 1996, pp. 123-137.

¹⁵ Díaz, 1997, p. 321, y 1996, p. 344.

¹⁶ *Ibid.*, p. 348.

personaje frente a un espejo moral. Esta obra reconstruía el proceso de filmación de *Lejanía*, la película en la que Jesús Díaz, desde una posición oficial, había contado el reencuentro en La Habana, a fines de los años setenta, de una familia cubana dividida por la Revolución y el exilio. Sólo que, a la manera de Pirandello, los protagonistas de la novela eran hibridaciones entre los personajes del guión y los actores de la película. El resultado fue un inquietante juego de escondidas en el que todos ocultaban algo, sugiriendo, así, una alegoría de la simulación y el espejismo que caracterizan a la sociedad cubana. “Yo oculto”, afirmaba uno de los personajes, “con la absoluta certeza de haber dado al fin con el lema que guiaría mis acciones”.¹⁷

En *La piel y la máscara*, Jesús Díaz confesó, una vez más, su silencio y complicidad bajo el régimen cubano y articuló una corrección narrativa y política de su film *Lejanía*, en el cual había reproducido varios estereotipos castristas. Esta compulsión política del ajuste de cuentas se percibe también en su siguiente novela, *Dime algo sobre Cuba*, publicada por Espasa Calpe en 1998, en la que narra la historia del dentista cubano Stalin Martínez, hijo de un gallego comunista, quien a mediados de los noventa, logra cruzar la frontera entre México y Estados Unidos y reunirse con su hermano en Miami. Para ser favorecido por la Ley de Ajuste Cubano del *State Department*, que concede residencia a los *balseros* que alcanzan las costas norteamericanas, el personaje se somete a un año de ayuno y baños de sol y agua salada, en la azotea de la casa de su hermano, hasta encarnar el aspecto físico y mental de un náufrago.¹⁸ La trama, a pesar de su extravagancia, le permitió a Díaz describir la precariedad de la vida habanera, violentada por el hambre, la estrechez y el control, y, a la vez, retratar la suspicacia y la cursilería que distinguen a la cultura cubanoamericana de Miami.¹⁹

Con *Siberiana* (2000) Jesús Díaz se propuso liberar su narrativa de las urgencias del discurso político. Si bien el protagonista y la trama –un negro periodista cubano, violado en la adolescencia por un general revolucionario, viaja a

¹⁷ Díaz, 1996, pp. 42-43.

¹⁸ Díaz, 1998, pp. 11-17.

¹⁹ *Ibid*, pp. 158-164 y 179-187.

Siberia con el encargo de realizar un reportaje sobre la construcción del ferrocarril Baikal-Amur y se enamora de una joven rusa— estaban diseñadas desde el recurso de lo insólito, tan propicio para la transmisión de mensajes morales, es perceptible el deseo de inscribir el argumento en un horizonte lírico, distanciado de la cuestión cubana.²⁰ Bajo la historia de amor de Bárbaro y Nadiezhda latían los contrastes entre la nieve y el trópico, entre la religiosidad afrocubana y la ideología comunista, entre la virginidad y la lujuria. Sin embargo, esas tensiones se ocultaban detrás de algunas escenas idílicas, bien logradas, como un beso en un trineo a toda velocidad o un enlace frente al espectáculo de la descongelación del río Angará.²¹

Las cuatro fugas de Manuel (2002), última novela de Jesús Díaz, fue la confirmación de aquel avance de su escritura hacia un territorio de significaciones universales, ubicado más allá o más acá del absorbente drama de la política cubana. Con las sutilezas de una ficción mínima, controlada, el narrador logró transcribir las peregrinaciones del científico cubano Manuel Desdín, en busca de asilo, por seis países de Europa: Rusia, Suiza, Finlandia, Suecia, Polonia y Alemania.²² Las trabas migratorias con las que chocaba el personaje a cada paso, tenían su origen, naturalmente, en su compleja identidad nacional y política: era uno de esos miles de jóvenes cubanos, educados en las escuelas revolucionarias de la isla y en las universidades comunistas de la Unión Soviética, que alcanzaba su madurez moral justo cuando caía el Muro de Berlín y se desintegraba el campo socialista.²³ Esta localización de la trama imprimió al último relato de Jesús Díaz un aliento cosmopolita y contemporáneo, tributario de su propia experiencia como inmigrante latinoamericano en la Europa postcomunista.

Hace apenas diez años, cuando tomó la decisión de romper con el régimen de La Habana, Jesús Díaz era un escritor y cineasta desencantado de la Revolución cubana, a la cual había entregado su juventud y su talento. Una década

²⁰ Díaz, 2000, pp. 169-176.

²¹ *Ibid.*, pp. 99 y 197-201.

²² Díaz, 2002, pp. 187-208.

²³ *Ibid.*, pp. 211-242.

después, en la víspera de su muerte, era uno de los intelectuales públicos más importantes de la transición a la democracia en Cuba. En tan sólo diez años de exilio Jesús Díaz escribió cuatro novelas y varias decenas de ensayos y artículos, editó veinticuatro números de la revista *Encuentro de la cultura cubana*, fundó y dirigió el diario digital *Encuentro en la red* y asesoró a Víctor Batista en la creación y desempeño de *Colibrí*, la mejor editorial de ciencias sociales de la diáspora cubana. A Jesús Díaz le bastaron diez años para reconstruirse como intelectual moderno por medio de una evolución múltiple: del silencio a la palabra, del miedo a la libertad, del desencanto a la fundación, del rencor a la crítica. Paul Johnson ha escrito que el intelectual laico de la modernidad es una criatura que luego de vaciar su cerebro de religión, lo llena con ideología.²⁴ Jesús Díaz, como intelectual postcomunista, debió dar un paso más: vaciar su moral de ideología y llenarla de crítica.

En este tipo de mutaciones intelectuales es frecuente el desplazamiento de la pasión autoritaria hacia una voluntad de liderazgo democrático. Sin embargo, en el caso de Díaz, así como en el de Solzhenitsyn o Michnik, dicho proceso no siguió los síntomas de una conversión mística o del mecánico reemplazo de un compromiso por otro, sino las pautas racionales de la asunción de un nuevo rol en el espacio público. Norberto Bobbio, en su formidable refutación del compromiso sartreano, desglosó esas pautas en tres gestos morales: la duda, la elección y la responsabilidad.²⁵ Jesús Díaz cumplió cabalmente este ciclo: dudó de la justicia del régimen cubano, eligió ejercer la crítica del mismo a costa del exilio y la calumnia y se hizo responsable de las consecuencias de su fundación pública por medio de la memoria y el testimonio de una escritura. 

México, D.F., mayo de 2002

²⁴ Johnson, 2000, pp. 13-14 y 404-405.

²⁵ Bobbio, pp. 95-96.

BIBLIOGRAFÍA

- Arenas, Reinaldo, *Antes que anochezca*, Barcelona, Tusquets, 1992.
- Baquero, Gastón, “La cultura nacional es un lugar de encuentro”, *Encuentro de la cultura cubana*, Madrid, núm. 1, verano de 1996.
- Bobbio, Norberto, *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Barcelona, Paidós, 1998.
- Díaz, Jesús, “El fin de otra ilusión”, *Encuentro de la cultura cubana*, Madrid, núms. 16/17, primavera/verano del 2000.
- , “Las cartas sobre la mesa”, *Nexos*, México, D.F., núm. 180, vol. xv, diciembre de 1992.
- , *Dime algo sobre Cuba*, Madrid, Espasa Calpe, 1998.
- , *La piel y la máscara*, Barcelona, Anagrama, 1996.
- , *Las cuatro fugas de Manuel*, Madrid, Espasa Calpe, 2002.
- , *Las iniciales de la tierra*, Barcelona, Anagrama, 1997.
- , *Las palabras perdidas*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1996.
- , *Siberiana*, Madrid, Espasa Calpe, 2000.
- Johnson, Paul, *Intelectuales*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2000.
- Padilla, Heberto, *Fuera del juego. Edición conmemorativa, 1968-1998*, Miami, Ediciones Universal, 1998.